

La reconciliación desde las víctimas

LUIS AUGUSTO CASTRO Q.*

RESUMEN



Desde la viejita que pide justicia insistentemente (Lc 18,1-8), hasta las víctimas de hoy, todas ellas alimentan un anhelo de justicia como esperanza de que –como anotaba Horkheimer– la injusticia que atraviesa este mundo no sea lo último, no tenga la última palabra.

La respuesta a la esperanza de las víctimas se puede concretar en la realidad de la reconciliación vista en su globalidad. Se trata de reconciliación como tarea y reconciliación como don. En el primer caso, la reconciliación asume cuatro formas: es reconciliación antropológica, ecológica, teleológica y estructural. En el segundo caso es reconciliación teológica que, sin embargo, atraviesa todas las otras, como quiera que en el corazón de todas ellas está presente la gracia de Dios.

Palabras claves: Reconciliación, esperanza, víctimas, gracia, justicia.

* Arzobispo de Tunja, vicepresidente de la Conferencia Episcopal de Colombia. Licenciado en Teología, Universidad Urbaniana de Roma. Doctor en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Master en orientación psicológica, Universidad de Duquesne, Estados Unidos. Miembro de la Comisión de Conciliación Nacional. Miembro honorario y correspondiente de la Academia Boyacense de Historia.
Correo electrónico: arquidio@col1.telecom.com.co

Abstract

From the widow who keeps pleading for her rights (Lc 18,1-8) to the victims of our days, all nurture the wish and the hope that, as Horkheimer says, the injustice that pervades our world has not the last word to say.

The answer to the hope of the victims can be materialized in the reality of reconciliation, seen as a whole. This reconciliation is at the same time a task and a gift. In the first sense, reconciliation assumes four forms: it is anthropological, ecological, teleological and structural. In the second sense, reconciliation is theological but it pervades all other forms, since at the heart of all of them the grace of God is present.

Key words: Reconciliation, hope, victims, grace, justice.

Después de saludarlos, permítanme que me dirija a una persona en particular.

Apreciada viejita: No sé ni siquiera tu nombre para saludarte. Además no sé si en realidad seas de avanzada edad o seas joven. Lucas sólo dice de tí que eres viuda. Le pareció suficiente este rasgo para introducirte. Y tal vez tiene razón en no dar tu nombre. Todo sumado, eres el símbolo de tantas víctimas que continúan pidiendo la justicia que no les ha llegado. Eres el símbolo de tantas víctimas que aún tienen esperanza de que se les haga justicia. Sigue insistiendo. No tires la toalla. No desistas. No aceptes irremediamente quedarte como víctima que clama en forma inútil. Persiste en tu clamor. No sólo eres el centro de esa parábola de Jesús llamada del juez inicuo, sino eres la parábola del sufrimiento de todos los tiempos y lugares, especialmente del nuestro, en busca de la justicia aún no recibida. Querida viejita, tu anhelo de justicia no quedará sin ninguna respuesta. Así te lo asegura el mismísimo Jesús (cfr. Lc 18,1-8).

La figura de esta viejita, si viejita es, ha traído a mi memoria el drama espiritual del filósofo Max Horkheimer. Entrevistado en el año de 1971, dos años antes de su muerte, cuando ya había reivindicado el valor de la religión y se había abierto al anhelo de lo totalmente Otro, le preguntaron: ¿Qué significa, aquí en su visión, teología? Y respondió:

En modo alguno responde aquí teología a la ciencia de lo divino y mucho menos a la ciencia de Dios. Teología es la esperanza de que la injusticia que atraviesa

este mundo no sea lo último, que no tenga la última palabra... Teología es la expresión de un anhelo, del anhelo de que el verdugo no triunfe sobre la víctima inocente. (Horkheimer, 2000: 169)

Horkheimer dice que la teología no es ciencia de Dios sino anhelo de justicia para las víctimas. Yo quisiera aceptar la segunda parte de su afirmación pero corrigiendo la primera parte. La teología es ciencia de Dios, y precisamente por eso es al mismo tiempo anhelo de justicia. Aún más, una teología que se dijese ciencia de Dios pero no incluyese el anhelo de justicia no sería ciencia de Dios ni teología. Por tanto, quiero poner el acento en esa segunda parte, en ese anhelo de justicia para las víctimas, en el momento de reflexionar sobre la reconciliación desde ellas.

Un periodista argentino, al ver los obstáculos que se interponían para lograr la verdad sobre los desaparecidos, decía: "El discurso político sobre la reconciliación es profundamente inmoral, porque niega la realidad de lo que la gente experimentó." (Verbinsky, citado por Gruchy, 2002: 17)

Su afirmación es completamente cierta, en la medida en que el discurso sobre la reconciliación sea el discurso desde los victimarios, no desde las víctimas. En efecto, ellos están interesados en una reconciliación rápida, con sabor a amnistía barata, que les cueste muy poco, como diría Bonhoeffer al referirse a la gracia barata.

La reconciliación desde las víctimas es otra cosa. Es la reconciliación vista desde abajo, casi diría boca abajo, como vería el apóstol Pedro al mundo desde su crucifixión. Son las víctimas las primeras y a veces las únicas interesadas en que el horror terrenal no tenga la última palabra. Son ellas quienes anhelan, a veces sin poder expresarlo, una verdadera reconciliación. Esa es su gran esperanza.

Diana Ortiz, una monja estadounidense que trabajaba en Guatemala fue secuestrada, violada y torturada en 1990 por agentes del ejército bajo la dirección de "Alejandro", un oficial estadounidense. Diana fue introducida en un pozo donde había gente herida, ratas y cadáveres en descomposición; fue violada repetidamente y grabadas en video algunas de las partes de la tortura que más le avergonzaron. En una ocasión en que la movilizaban, logró saltar del vehículo y salir corriendo. Y Diana dice: Llevo nueve años luchando por dejar de correr. (Beristain, 2000: 11)

A la manera de Diana, miles de víctimas siguen corriendo, tratando de escapar de una situación que las persigue, si no desde fuera, sí desde dentro,

cuando no de las dos maneras.¹ Todas ellas, sin pronunciar la palabra, anhelan la reconciliación como ellas la sienten y la interpretan.

Es el anhelo que se vuelve esperanza, el anhelo de que la esperanza incumplida de las víctimas no quede definitivamente truncada. Para decirlo con Horkheimer, “la esperanza de que la injusticia que atraviesa este mundo no sea lo último, que no tenga la última palabra” (2000: 194).

Sobre el fondo de este anhelo, de esta esperanza, podemos considerar la reconciliación, evento de esperanza, esperanza de una vida diferente. La reconciliación se parece a una mano que extiende sus cinco dedos para saludar y crear comunión. Esos cinco dedos representan cinco dimensiones de la reconciliación² a las que he dado nombres específicos:

- Primero, la reconciliación antropológica.
- Segundo, la reconciliación ecológica.
- Tercero, la reconciliación teleológica.
- Cuarto, la reconciliación teológica.
- Quinto, la reconciliación estructural.

En todas estas dimensiones de la reconciliación aparece la gracia como sinergia, como energía gratuita y amorosa de Dios y a la vez energía del hombre que en el encuentro saben construir algo nuevo y anhelado. Es la historia de dos amores, escrita en la arena misma de la historia.

Pero como veremos, en la ausencia de las cinco dimensiones se hace presente no sólo la gracia sino también la desgracia, como historia de violencia, inhumanidad y ruptura, a través de mediaciones de muerte. Pero esa desgracia es también invitación a la experiencia de la gracia.

RECONCILIACIÓN ANTROPOLÓGICA

Los hechos lamentables y horrorosos que hemos presenciado en tantos lugares de nuestra patria, desde la destrucción de un ser humano con moto-

-
1. La escena de Diana inspiró el título de mi libro *Deja de correr. La reconciliación desde las víctimas*.
 2. Las cinco dimensiones de la reconciliación desde las víctimas son consideradas ampliamente en Castro, Luis Augusto, *Deja de correr. La reconciliación desde las víctimas* (2005).

sierras hasta la fría eliminación masiva de tantas personas inermes, como en Bojayá; y los hechos de que hemos tenido noticia igualmente tenebrosos en Auschwitz, Serbia, Ruanda, Argentina, Centroamérica y tantos otros que suman 111 millones de víctimas inocentes en un siglo, nos llevan a concluir que el ser humano es un ser capaz de lo mejor y de lo peor y que lo más monstruoso de los monstruos es su "normalidad".

Por eso hay que estar al acecho y pensar que en cualquier momento, en el interior de un mundo civilizado, puede aparecer el "horror" (Mèlich, 2004: 129), ese horror que va tomando forma en el interior mismo de cada ser humano.

La historia de Caín y Abel tiene como intención primordial poner de manifiesto que cada ser humano es potencialmente Caín y Abel. No es una historia que prefigura las rivalidades entre un pueblo y otro, sino la forma como cada ser humano tiende a comportarse con los demás.

Una pelea entre dos esposos se desarrollaba con el diálogo que sigue. Él decía: "Deje de hablar de esa manera, porque si no, logrará que salga la bestia que hay en mí." Ella respondía: "Pues que salga la bestia que está en usted, porque al fin de cuentas yo no le tengo miedo a los ratones."

El siglo XX y la pequeña parte que va corrida del actual nos enseña que cuando sale la bestia que está en mí no se aparece un ratón, sino el monstruo grande del genocidio, de la tortura, de la limpieza étnica, del crimen contra el inocente, del desplazamiento forzado, del sufrimiento indecible.

Para que "la bestia que está en mí" haga su aparición, no se requiere que yo sea un monstruo, un ser totalmente deshumanizado. Sencillamente basta que tenga la posibilidad de desplegar esa potencialidad.

Hanna Arendt acuñó la expresión "banalidad del mal" para referirse a esa realidad de la violencia aterradora realizada por personas banales, es decir, sencillas y normales, que cuidan su casa, escuchan música clásica, aman a sus hijos, van a la Iglesia y a la vez cometen actos de la peor inhumanidad.

Esta potencialidad que está en cada uno de nosotros no puede pasar inadvertida, ni silenciada, ni echada fuera de la conciencia. El poeta Rilke lo decía a su manera: "Si mis demonios me abandonan, tengo miedo de que también mis ángeles tomen vuelo."

La única manera de que esa potencialidad no se transforme en realidad maléfica es siendo consciente de la misma, reconociéndola en la verdad, integrándola en el resto de la personalidad como elemento inevitable del conjunto. En la teología se ha dicho siempre que lo que no es asumido no es redimido. Hay una parte potencialmente negativa en todos nosotros que requiere ser comprendida y asumida para que sea redimida, así como hay otra parte que nos mueve a la comprensión, a la empatía, al amor, a la comunión y por ende, a la superación de la división.

La antropología cristiana nos presenta esta división con elementos agudamente calificados: lo que uno quiere y lo que a uno se le impone. San Pablo lo expresaba claramente: "No llevo a la práctica lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco... En este caso, ya no soy yo el que lo realiza sino el pecado que habita en mí." (Rm 7, 15.17)

El hombre se parece a un país invadido por una potencia extranjera: no hay duda de quién es el verdadero ciudadano de aquella tierra; pero tampoco hay duda de quién es el que domina de hecho. Esta potencia extranjera genera una esclavitud que puede ir creciendo hasta límites insospechados o puede ir disminuyendo hasta acabarse.³

Estamos frente a la contraposición de dos dinamismos, de dos querer. Uno de ellos es más profundo, más auténtico y más legítimo, propietario de la identidad del ser humano en litigio. Y eso aunque el otro parece ser más fuerte. Esta es la descripción de cuanto Pablo llama un hombre bueno que quiere el bien, que aborrece el mal.

Lo único que ocurre es que este hombre bueno se ve invadido, dominado y esclavizado por una potencia ajena a él. Por eso cabría decir que, aunque este hombre obra el mal, sigue siendo bueno. (González Faus, 1991: 223)

En efecto, el ser humano no pierde su libre albedrío, su responsabilidad ante lo que hace. De no ser así, ya no sería un hombre sino un ser infrahumano y habría que renunciar definitivamente a la capacidad de recuperación.

3. Gregorio de Nisa expresa esta misma verdad diciendo que en nosotros hay una dualidad, una guerra interna que nos exige reedificarnos a nosotros mismos. "La paz se define como la concordia entre las partes disidentes. Por esto, cuando cesa en nosotros esta guerra interna, propia de nuestra naturaleza, y conseguimos la paz, nos convertimos nosotros mismos en paz." (pp. 46, 259-262)

No obstante, al conservar su calidad de ser humano seguirá siendo responsable y habrá siempre esperanza. Pero preguntémosnos: "Si el hombre creado para la fraternidad ha estropeado el corazón con el que tenía que construirla, ¿existe en algún lado la posibilidad de una transformación de ese corazón?" (*Ibidem*: 418)

En este punto, es necesario ser específicamente cristianos y tomar distancia de tantos humanismos diferentes.

139

El cristiano cree que esa renovación y esa potenciación del hombre son obras que Dios está dispuesto a hacer en él y con él. En él, porque Dios toma la iniciativa de esa obra. Con él, porque Dios no la hará sin contar con el asentimiento y la cooperación del hombre. (*Ibidem*: 425-426)

A esa renovación de lo humano, en el lenguaje cristiano se le llama gracia, con su doble tarea de reconstrucción y de potenciación. Es el amor de Dios que libera al hombre de sí mismo y para los demás. Es el amor transformador de Dios que hace al hombre definitivamente hermano con esa fraternidad que es imagen humana de la Trinidad divina.

Lo que Jesús decía de sí mismo en la sinagoga de Nazaret lo podemos decir análogamente todos nosotros y todos los habitantes del planeta, de las diversas culturas, religiones o condiciones, porque el espíritu del Señor llena la Tierra:

El Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido para llevar buenas nuevas a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y a los ciegos que pronto van a ver, para despedir libres a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor. (Lc 4, 18-19)

El espíritu que Jesús posee permanentemente se hace también presente en la víctima a través de variadas mediaciones.

Dios empieza con la víctima restableciendo en ella esa humanidad que el victimario ha tratado de disminuir o de destruir. Y sigue con el victimario ayudándolo a reconocer su culpa. Que Dios empiece con la víctima y no con el victimario, es consistente con la actividad divina en la historia. Dios toma el lado del pobre, de la viuda, del huérfano, del oprimido y del prisionero.

Así como hay una constante en la humanidad, que aparecen seres humanos capaces de renunciar a la condición humana y ese empobrecimiento acaba deshumanizando a muchos otros seres humanos, también hay otra constante: la de seres humanos que se ponen en manos de Dios y de su gracia y, a pesar del sufrimiento y de la violencia sufrida, saben –en esa sinergia humana y divina– construir procesos maravillosos de reconciliación.

Dios empieza el proceso de reconciliación humana con la víctima y desde la víctima. A su vez, a través de la víctima, el victimario es llamado al arrepentimiento y al perdón. Desde esta perspectiva, el arrepentimiento y el perdón no son precondiciones para la reconciliación, sino más bien son la consecuencia. (Schreier, 2000: 15)

¿A dónde llegamos con las consideraciones anteriores? Sencillamente al punto de partida. La reconciliación, realidad que nos ocupa, no es simplemente el punto de llegada de procesos varios de superación de conflictos. No es únicamente un proceso que lleva a la superación de los mismos. La reconciliación es el punto de partida antropológico de cualquier proceso de superación de conflictos. Si bien es cierto que en la misma antropología humana están esas fuerzas que mueven a la comunión y que en la misma antropología humana están esas otras fuerzas que rompen la comunión, también hay que añadir que en la misma antropología humana se encuentra la tendencia hacia la reconstrucción o recuperación de la comunión perdida (cfr. Castro y Mora, 2004) y que llamamos reconciliación antropológica.

Durante la ausencia de la esposa, un hombre de negocios tuvo que quedarse en la casa para cuidar a los dos difícilísimos hijos. Él tenía un trabajo urgente para hacer, pero los niños no lo dejaban. Buscó inventar un juego que los tuviese ocupados por un tiempo. Encontró en una revista un mapa del mundo a colores. La rompió en pedazos muy pequeños y los desafió a formar el mundo. Pensaba que los tendría ocupados por varias horas. Pero un cuarto de hora después los dos niños llegaron triunfantes con el mapa del mundo, armado de nuevo. “¿Cómo lograron terminar tan rápido?” preguntó el papá. “Detrás del mundo había la figura de un hombre. Nos pusimos a armar al hombre y automáticamente el mundo quedó compuesto.”

Armar al hombre para componer al mundo. De ahí la necesidad de enfatizar la reconciliación antropológica como primer paso para resolver los problemas de conflictos negativos en el mundo.

RECONCILIACIÓN ECOLÓGICA

Un grupo de estudiantes se reunió en una pequeña habitación para trabajar en torno a unos problemas matemáticos nada fáciles. Pasaron dos horas de esfuerzo, de cigarrillo y de rabias cuando llegó otro compañero. Al entrar exclamó: “¡Qué ambiente tan pesado se respira, voy a abrir una ventana!” Los demás protestaron por la interferencia y le pidieron que se sentara inme-

diatamente. Así lo hizo. Un poco después llegó otro compañero y captó la misma pesadez del ambiente. Sin decir nada, saltó a la ventana, la abrió y entró un chorro de aire puro y fresco. El efecto fue inmediato. Se aclararon las mentes, se dialogó mejor y se llegó rápidamente a la solución deseada.

Como podrán observar, el énfasis de la narración no está en las personas sino en el ambiente que se respira, que es pesado en un momento y vivificante en el otro. Acentuar el ambiente es muy importante como inmediata continuación de la reflexión antropológica.

El hecho es que

...en su realidad total, el mal nunca es meramente personal. Pues allí donde los hombres viven juntos, nunca viven inmediatamente juntos como un puro rosario de personas, sino que viven insertados en la mediación de una serie de instituciones: matrimonio, familia, vecindad, profesión, lugar de trabajo, economía, estado... Con otras palabras: el hombre como persona no puede ser separado de su mundo. Si el mundo interior de la persona es malo, es decir, si es una existencia que se afirma en sí misma en forma egoísta y crea enemistad entre los hombres, entonces también el mundo exterior del hombre será malo hasta en sus estructuras más elementales, las cuales a su vez, dominarán a las personas particulares. (Rich, citado por González Faus, 1991: 253)

San Pablo sabía muy bien de estas estructuras negativas y les daba el nombre de poderes cuando advertía que “no nos estamos enfrentando a fuerzas humanas sino a los poderes que dirigen este mundo” (Ef 6,12).

Las estructuras de pecado o los poderes a que alude Pablo son dos cosas a la vez: realidades institucionales y realidades espirituales. Estos poderes tienen por tanto una manifestación externa y física y una espiritualidad o atmósfera interna o cultura corporativa. Estos poderes de suyo no son malos hasta tanto no degeneren en un sistema de dominación.

Juan Pablo II, en la carta encíclica *Sollicitudo rei socialis* expresa esta misma realidad en forma muy clara cuando habla de un mundo sometido a estructuras de pecado:

Se debe hablar de estructuras de pecado, las cuales (...) se fundan en el pecado personal y, por consiguiente, están unidas siempre a actos concretos de las personas, que las introducen, y hacen difícil su eliminación. Y así estas mismas estructuras se refuerzan, se difunden y son fuente de otros pecados, condicionando la conducta de los hombres. (Nos. 36, 37, 46)

Se establece entonces un círculo maligno pues las estructuras de pecado nacen del hombre mismo. El ambiente negativo es creado por los

hombres, pasa a las instituciones, se convierte en algo normal en las mismas, como que es un espíritu contaminado que se respira en ellas, y por tanto influye en todos los demás, condicionando su conducta o dominando a las personas particulares.

Volf prefiere dejar de lado el término dominación para introducir el de exclusión. Indica así la finalidad de esos poderes, la de excluir a los demás de los bienes económicos, sociales o psicológicos. Como sabemos, la exclusión es el gran cáncer de la historia de Colombia, ayer y hoy.

Este mismo teólogo utiliza otra metáfora: la cacofonía del mal. Cacofonía significa un mal sonido que crea un ambiente insoportable. Piensen en los viajes que se hacen en los buses interurbanos donde el conductor pone a veces una música que suscita el deseo de bajarse de ese bus.

Esta cacofonía penetra las instituciones, las comunidades, las naciones, épocas enteras; ejerce un influjo corporativo del que nadie se siente responsable, ya que se dice: "Así son las cosas", "así se funciona aquí", "no hay nada más que hacer", lo que da la impresión de que se trata de realidades casi inmortales e ineluctables.

En algunas situaciones extraordinarias esta cacofonía del mal puede ser trasformada en tema, que ejecutado bajo la dirección de extraordinarios directores, se transforma en una música simplemente belicosa y mortal (cfr. Volf, 1996: 87-89).

Piensen en la cacofonía del nazismo bajo la batuta de ese maestro de orquesta cacofónica que fue Hitler; o piensen en la cacofonía de los serbios, bajo la batuta aterradora de Milosevic; o más recientemente, piensen en la cacofonía del terrorismo, bajo la batuta de Osama Bin Ladem.

Pero para no subir tan alto en términos de terror y de poder negativo, basta recordar una escena que aconteció en la Universidad de Yale, recordada hace poco por Rudolf Hommes:

En un conocido experimento de psicología social, unos profesores de Yale contrataron ciudadanos de la ciudad de New Haven, para conducir un ejercicio en el que los ponían a propinar choques (ficticios) de electricidad a unos supuestos pacientes. A pesar de que los "pacientes" gritaban y así les hacían ver que les estaban haciendo daño, los sujetos continuaron propinándoles los choques eléctricos mientras les ordenaban hacerlo. Muy pocos se negaron a ello. Al finalizar el experimento, los profesores contaron la verdad y preguntaron a los ciudadanos por qué habían seguido descargando electricidad cuando era evidente que estaban

causando dolor. La mayoría respondió que “como Yale es una prestigiosa universidad, ellos pensaban que lo que estaban haciendo era correcto”. Quizás lo que Yale les otorgó, así pensaban ellos, fue amparo para ser crueles. (...) Es posible que los individuos ordinarios sean capaces de cometer actos de indescriptible crueldad como cosa corriente, pero esto lo hacen más fácilmente cuando la sociedad o la organización a la que pertenecen provee el respaldo para que le den rienda suelta al salvajismo atávico que quizás habita dentro de cada individuo. (Hommes, 2004)

Los torturados de Irak, los secuestrados de Colombia o los desaparecidos de Argentina son víctimas de quienes creyeron que la estructura de poder les permitía dar rienda suelta a la crueldad.

La reconciliación, entonces, no es algo solamente antropológico, que llega al individuo sino que debe llegar hasta el clima mismo, hasta el ambiente, hasta la ecología en que se vive.

Algunas enfermedades sólo pueden desaparecer cuando sana el entorno del enfermo. La enfermedad del individuo es siempre la herida de una sociedad enferma... Cuando el Reino de Dios se hace presente, no se limita a sanar la corporalidad del hombre hasta sus niveles más profundos. Tiene que curar, además, hasta la dimensión más profunda de lo social. Tiene que liberar para una sociedad nueva. (Lohfink, 1986: 93)

Tiene que llegar a la liberación de estructuras, instituciones, costumbres, que de alguna manera generan víctimas.

Pasamos así de la ecología negativa a la ecología positiva. Como se puede pasar de las aguas de un río contaminado a las de un río de aguas puras, así es el paso que llamamos reconciliación ecológica.

La reconciliación ecológica genera un clima, un ambiente, una atmósfera donde se puede avanzar en la búsqueda de la solución al gran problema de los conflictos humanos. Es un clima donde se tiene la disponibilidad a considerar desde diversos ángulos las soluciones habituales, donde se está dispuesto a arriesgar nuevas fórmulas de solución, donde se tiene la disponibilidad a una apertura diversa de la habitual. Es el paso del acomodarse a la mentalidad del siglo presente del cual nos previene San Pablo, al paso del profeta que vive contracorriente, ofreciendo un estilo alternativo de vida siendo capaz de vislumbrar cielos nuevos y tierra nueva.

En el contexto de un clima favorable, que bien podemos llamar atmósfera crística, se concede la debida atención y sensibilidad al dolor y al duelo de las víctimas.

El clima favorable para las víctimas lo puede suministrar un contexto social creado a través de las relaciones con amigos, familia y otros seres queridos que les favorece correr el riesgo de restablecer nuevas alianzas y sanas relaciones humanas. Para la sociedad más amplia, el contexto social se crea también a través de movimientos políticos, culturales y religiosos que dan voz a quien ha sido incapacitado.

Lo importante es que sean de verdad comunidades reconciliadas y reconciliadoras que ayuden a la persona o al grupo a sentir que no están metidos en el río contaminado y amenazador, sino en el agua limpia y reconfortante que los rodea y los fortalece.

Se trata de comunidades de acogida que con actitudes, gestos y palabras comunican aceptación de las personas: comunidades capaces de escuchar a la víctima, a través de algunos de sus miembros; comunidades que favorecen el que se reestructure la identidad de la víctima y la del victimario; comunidades que hacen memoria de los hechos de sufrimiento para manifestar su solidaridad; comunidades que favorecen el que la víctima reencadre su historia en una historia más amplia que le dé nuevo significado como es para nosotros los cristianos la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Se trata de introducir la historia asfixiante del sufrimiento en una atmósfera crística y eucarística gratificante.

Reconciliación ecológica es creación de un ambiente nuevo, de un clima diferente, de una posibilidad de algo mejor. De este cambio ecológico daba cuenta un misionero observador participante, en Sudáfrica:

En 1982 fui invitado a Sudáfrica como parte de un equipo cuya tarea consistía en entrenar los líderes de la comunidad en su esfuerzo de liberación. Trabajando con este grupo, me pude dar cuenta de la naturaleza totalmente opresiva del régimen del *apartheid* y cómo invadía todo y controlaba cada aspecto de la vida de la gente... Siete años después, en 1989, regresé de nuevo a Sudáfrica para trabajar con las mismas personas y con otras comprometidas en la lucha. Eso fue un poco antes de que Nelson Mandela fuese dejado libre y durante un período cuando la opresión política era peor que nunca. Pero toda la atmósfera había cambiado; el espíritu de la gente y del lugar era completamente diferente. (Dorr, 2000: 117)

Ese nuevo espíritu, de esperanza, de seguridad de superar el *apartheid*, penetraba todo. Esa comunidad estaba lejos de parecerse a un río contaminado, no obstante que la situación aún no se hubiese resuelto. El clima era diferente. Lo que sigue de esa historia lo conocemos. Nelson Mandela supo

crear un clima de reconciliación y no de venganza que facilitó la solución al *apartheid* sin que se llegase a derramar sangre en el proceso.

Un clima diferente ayudó a generar actitudes diferentes. En el mismo podía aflorar la verdad desde las víctimas y desde los victimarios donde se podía pensar en una justicia que más que instrumento de venganza por parte del Estado contra el victimario, fuese restaurativa para la víctima, el victimario y la comunidad; un clima donde las diversas formas de reparación a la vista fuesen posibles; y sobre todo, un clima donde la conversión sea de la víctima como del victimario, con la gracia de Dios, fuese una realidad.

El clima positivo de la reconciliación tiene causas históricas, pero es promovido por personas que con la fuerza del Espíritu asumen la lucha contra el mal, encarnado en esas estructuras, instituciones y costumbres.

Estas personas hacen presente el Reino que es gracia y don de Dios. El lema de tal lucha podría ser el mismo de Jesús cuando exclamaba: “Ustedes han oído decir... Pero yo les digo.” Ustedes han oído decir “amen a su hermano y odien a su enemigo”, pero yo les digo “amen a sus enemigos”. Es decir, creen un clima de reconciliación sin fronteras, una reconciliación ecológica. Es la victoria de la gracia que toma forma histórica para crear un clima de fraternidad. Todo es gracia, decían Teresa de Lisieux y Bernanos, y por eso, hay siempre esperanza (González Faus, 1991: 447).

RECONCILIACIÓN TELEOLÓGICA

Teleología es el tratado de la meta, del punto de llegada. Cuando hablamos de reconciliación por lo general soñamos en esta meta en la que se han cifrado nuestras esperanzas, en la que hemos soñado a todo instante. Los sueños de los gatos están repletos de ratones; los sueños de las víctimas están repletos de esperanza que se hará realidad a pesar del duro momento presente, porque nunca es más oscuro que cuando va a amanecer. Este amanecer diferente, esta meta lograda, quiere decir conquista de la unidad o comunión perdida, quiere decir cercanía recuperada, quiere decir nueva imagen, quiere decir nuevo abrazo. Pero tal vez la mejor de las formas para traducir la reconciliación teleológica es el rico y maravilloso término de paz.

Estas cinco expresiones –comunión, cercanía, nueva imagen, abrazo y paz– expresan diversas dimensiones y rasgos de la reconciliación teleológica que quisiera traducirlas a lenguaje narrativo.

Primera expresión: *Unidad y comunión*

Joseph Lagú, del Sudán, durante la primera guerra civil sudanesa entre el norte musulmán y el sur cristiano y animista, era el líder de las fuerzas rebeldes del sur. Estamos en 1972. Sus soldados habían capturado a 29 civiles sobrevivientes de una catástrofe aérea. Días antes, las fuerzas del gobierno habían atacado un pueblo y destrozado el templo, causando la muerte de todos los que se encontraban allí. Debido a ello, la tentación de vengarse era muy fuerte. Pero Lagú, luego de una larga reflexión, los dejó libres y ello como resultado de plantearse la siguiente pregunta: ¿Qué querría Cristo que hiciese en este caso? Los mismos prisioneros se constituyeron en mensajeros de paz y desmintieron la imagen que el contrario había promovido de Lagú y de su gente, como salvajes y ladrones. Poco después empezó la negociación política con la mediación de las iglesias (cfr. Johnston y Sampson, 1994: 302).

Joseph Lagú logró la meta de recuperar en sí mismo la unidad de fe y compromiso político y ello se tradujo en unidad o comunión nacional.

Segunda expresión: *Nueva cercanía*

El término se refiere a las relaciones humanas pero también a las más amplias relaciones políticas, sociales y económicas que han quedado afectados por la lejanía. La lejanía se establece de tantas maneras, desde la bélica declarando la guerra, y la geográfica levantando muros de diversos tipo, hasta la económica generando bloqueos.

Los efectos de esta lejanía son lamentables y la esperanza de todos se cifra en que se termine el bloqueo, el muro, la agresión o la guerra. Por eso, la imagen de la cercanía se impone con fuerza.

Tercera expresión: *Nueva imagen*

Quisiera introducir esta expresión a partir de una escena evangélica. Un grupo de personas liderados por unos viejitos llegó donde Jesús trayendo a una mujer que había sido sorprendida en adulterio. Según la ley debía ser apedreada y el asunto, como todos sabemos, fue llevado ante Jesús con la mala intención de tenderle una trampa. Si decía que no debía ser apedreada

podían acusarlo de estar contra la ley y sí decía que podía ser apedreada se contradecía totalmente con la doctrina de amor y no violencia que estaba predicando. Jesús, sin mirarlos, sencillamente dijo: “El que se considere sin pecado que lance la primera piedra.”

Todo está en que haya uno que lance la primera piedra y todos los demás lo seguirán en su acto violento.

Pero (y aquí entran los viejitos de la historia) uno de los más viejos, tal vez de los más reflexivos y por ende mejor conocedor de sí mismo, hizo un gesto diferente: dejó caer la piedra a su lado y se retiró. Todos lo vieron. ¿Vieron la decisión de acoger la invitación de Jesús de no ser violento? ¿O vieron cómo este viejito modificó totalmente la imagen de la mujer acusada al mirarse a sí mismo? ¿Vieron que las palabras de Jesús lo llevaron a mirar su propia imagen y a modificarla? Tal vez vieron todo eso. Otros viejitos se dieron cuenta del acto del primer viejito, del ejemplo vivo que daba de no violencia, e igualmente dejaron sus piedras en el suelo, sin lanzarlas a la mujer pecadora, y se retiraron.

Sin duda, el ejemplo arrastra, mueve las conciencias, desbarata las violencias masivas. Los demás vieron el gesto de estos viejitos que tan mala fama han tenido y optaron también por la no violencia, decidieron no volverse verdugos, sino dejar con vida a quien querían linchar.

Finalmente, Jesús también se unió a ellos y tras decir a la mujer: “Ninguno te ha condenado, yo tampoco. Vete en paz y no peques más”, le ofreció una imagen nueva de sí misma, no la de la delincuente, sino la de la mujer amada y perdonada que, como todo ser humano, merece una nueva oportunidad y la posibilidad de una nueva relación. La reconciliación entró en su vida.

Cuarta expresión: *Nuevo abrazo*

Se llamaba Esaú, hermano de Jacob. Los dos eran hijos de Isaac. Jacob o Israel, es lo mismo, padre de una nación, fue sin embargo, un pícaro. Jacob tenía el engaño en la sangre, aún más, en el nombre. Ese nombre viene de una raíz que significa el que pone zancadillas (cfr. Bello, 1999: 60ss). Y Jacob se las puso muy bien a Esaú. Despojó a Esaú de su primogenitura. Aprovechando el hambre aguda de su hermano, se la cambió por unas lentejas. Como si

no fuera poco, se aprovechó de la ceguera de su padre, se disfrazó de Esaú y con la complicidad de la madre, le arrancó la bendición paterna que estaba destinada exclusivamente para el primogénito, Esaú. Jacob tuvo que huir.

Después de muchos años de haber vivido con el tío Labán y de haberse dejado meter a Lía, la fea, en lugar de Raquel, la bonita, y luego de haber tenido que trabajar durante otros siete años, Jacob quiso regresar a su tierra de Canaán, la tierra común, ahora controlada por Esaú. Cuántas maromas de Jacob para acercarse a su tierra. Dividió todo el grupo de su familia en dos porque así, si Esaú atacaba un grupo, se salvaba el otro.

Esaú, qué grande te mostraste en ese momento. Cuando hubieras podido reclamar justicia y acabar con tu hermano y su descendencia, hiciste algo inesperado. Dice la Biblia que saliste al encuentro de tu hermano Jacob, lo abrazaste estrechamente, lo besaste y ambos lloraron (Gn 33,4). Qué cierto es eso que repetimos cada rato: La paz empieza por casa. Esaú, mereces que en todo lugar se te haga un monumento como gestor de paz y reconciliación en el seno de los hogares. El abrazo que diste a tu hermano será un grito de triunfo que atravesará los siglos como invitación a la reconciliación.

El abrazo entre los que eran enemigos tiene algunas características especiales:

- *La primera* es la fluidez de las identidades. Así como las culturas, también las identidades personales crecen en la medida en que, superando la rigidez, aceptan una fluidez, un cambio que acontece al contacto con otras identidades, a veces las más diferentes de sí.
- *La segunda* característica es la asimetría. El término muy usado por Levinas y por Paul Ricoeur indica todo lo contrario de la simetría comercial, que significa que yo doy tanto y espero recibir exactamente el equivalente. En el abrazo yo doy el primer paso y tal vez también el segundo y el tercero hacia el enemigo. Y no estoy calculando si del otro lado voy a recibir exactamente el equivalente.
- *La tercera* característica es la indeterminación del resultado. Así como el abrazo puede quedar sólo en su fase inicial o puede continuar, igualmente, al completarse, todavía no se puede definir cuál será la forma que cada uno genere en sí, a raíz del abrazo. Hay una indeterminación que significa que muchos resultados son posibles aunque se pueda sospechar de algunos como los más probables y la esperanza es que sea el mejor.

- *La cuarta* característica procede de las anteriores y es la del riesgo. Todo abrazo es un riesgo derivado de la asimetría y de la indeterminación anotadas.

Si hay algo que entusiasma en el circo es el espectáculo de los trapecistas. Uno de ellos se lanza en el vacío. Todos lo ven. Allí no hay ningún truco posible. En un momento dado, suelta el trapecio y queda suspendido entre el cielo y la tierra, listo para desplomarse y tal vez estrellarse contra el piso. No tiene nada que hacer. La única esperanza es que otro trapecista del otro lado, se haya lanzado al espacio y cuando el primero está por desplomarse le ofrezca una mano que lo saque seguro al otro lado. El riesgo es real; el quedar en manos del otro es real.

El abrazo con el que era enemigo tiene el mismo riesgo. Puede lanzarse al abrazo esperando respuesta del enemigo pero éste puede dejar, insensible e indiferente, que el otro se desplome. Cada uno puede ser un salvador para el otro o puede quedarse una vez más, como víctima o como victimario.⁴

La quinta expresión: *Reconciliación como paz*

“La idea bíblica de paz, de Shalom, es muy rica. Ella indica mucho más que la cesación de violencia y conflicto. Es el estado en el que quisiera encontrarse el mundo. Es la mejor descripción de lo que será el Reino de Dios: un lugar de seguridad, justicia y verdad; un lugar de confianza, de inclusión y de amor” (Schreiter, 1998: 53), un lugar de sorpresa, felicidad y bienestar. Cuántas palabras para describir la paz y para realizarla. Pero no hay que asustarse.

4. La doble posibilidad la ponía de manifiesto Ellis Cose a raíz de una experiencia en Timor Oriental: “En Timor Oriental, el padre Jovito Araujo vicepresidente de la Comisión de Reconciliación, me habló de un encuentro en el que participó entre los habitantes de una aldea y uno de los victimarios que había decidido regresar. El hombre, que llevó consigo todas sus pertenencias al encuentro comunitario, admitió haber quemado los bienes de otros. Señalando sus propias pertenencias, dijo: ‘Si quieren quemarlas, quémennas. Si quieren hacer algo contra mí, háganlo.’ En lugar de agredirlo, la gente lloró y lo abrazó. ‘Ahora, él está protegido’, dijo el padre Araujo. Si una persona regresaba de la manera más apropiada, con humildad, respeto, y voluntad para arreglar las cosas, ‘nosotros perdonamos todo’, añadió. Le pregunté acerca del nombre de la comisión. ¿Por qué el nombre de Recepción, Verdad y Reconciliación? La palabra recepción fue traducida de la palabra portuguesa ‘*acolhimento*’ que significa acogida, bienvenida o refugio. Pero de la manera como es usada por la Comisión, el concepto tiene un fuerte componente espiritual, ese que se refleja en la parábola del hijo pródigo en el capítulo 15 de Lucas.” (Cose, 2004: 114)

Así como la reina de las abejas, cuando sale, arrastra consigo el resto del enjambre, igualmente, cada una de estas palabras arrastra consigo a las otras, así que concentrarse en la realización de una de ellas lleva a la realización también de las demás.

Trabajar por una de ellas es trabajar por la paz, realidad siempre relativa. Relativa significa que siempre tendremos adelante más paz por lograr, que en la historia nunca se agota su realización.

Dice Fisas que "la idea de la paz es como un horizonte que siempre está lejano pero nunca en el infinito. Podemos y debemos andar hacia ese horizonte, pero a medida que avanzamos se nos presenta igual de lejos. Pero entre tanto hemos andado, y en ese caminar sin fin puede que esté toda la grandeza y todo el misterio de este anhelo universal (Fisas, 2002: 17).

Hablar de paz relativa no significa renunciar a la reconciliación final, a la esperanza de la paz plena del Reino realizado. Sólo que esta reconciliación final y paz plena es obra de Dios que nos reconcilió en Cristo, no de los seres humanos.

La reconciliación relativa, histórica, es obra de conjunto, una obra de sinergia, de unión de energías, obra de la gracia de Dios y del esfuerzo del hombre. Esta paz relativa, que es el estado final de un proceso de reconciliación en la historia, está como una fuerza añorada y anticipada, en la mente y en el corazón de las víctimas. Es la paz que se logra después de un gran sufrimiento. "Sólo los que han sufrido, conocen cuán fuerte es el deseo de la paz y cuán lejos se ha percibido de que sea una realidad." (Schreiter, 1998: 53)

Cuando Jesús resucitado se presentó ante sus discípulos, lo primero que pronunció fue un anuncio de paz. Estaba expresando la paz que es fruto y punto de llegada de la reconciliación y, claro está, expresión del poder de la resurrección. Pero estaba manifestando y ofreciendo la paz lograda después del sufrimiento.

Los que han pasado por grandes sufrimientos conocen cosas que los que no han tenido esas pruebas desconocen. Y lo primero que conocen es el inmenso valor de la paz.

RECONCILIACIÓN TEOLÓGICA

Esta reconciliación, que es el corazón de nuestra reflexión, debería ser sencillamente una constatación de que la reconciliación es iniciativa de Dios. Él es el sujeto de la reconciliación. Él nos ha reconciliado en Cristo cuando, como anota Pablo, todavía éramos enemigos (Rm 5,10). El ha tomado la iniciativa de hacernos sus amigos.

Pero al hablar de la reconciliación teológica desde las víctimas nos ponemos del lado de ellas y miramos con su propia mirada. La razón es que su sufrimiento en ocasiones no sólo vuelve añicos a las instituciones en que se confiaba sino que, con frecuencia, produce una crisis en relación con Dios, una enemistad con él, o una abierta negación de su existencia.

Un combatiente en la guerra del Vietnam describía así su pérdida de la fe:

Yo no pude dar explicación racional al hecho de que Dios dejara morir gente buena. He ido donde diferentes sacerdotes. Me senté frente a uno de ellos y le pregunté: "Padre, ¿cómo es que Dios permite que los niños sean asesinados? ¿Qué es esto, esta guerra, esta tontería? ¡Cuántos amigos míos que ahora están muertos!" El sacerdote me miró a los ojos y me dijo: "No lo sé, nunca he estado en la guerra." Yo le repliqué: "Yo no le pregunté acerca de la guerra, yo le pregunté acerca de Dios." (Herman, 1997: 55)

¡Cuántos interrogantes sobre Dios nos llegan de las víctimas! Algunos interrogantes se relacionan con su presencia.

Momento escalofriante. Narra Elie Weisel: al volver del trabajo fueron convocados a la plaza del campo para presenciar el ahorcamiento de tres prisioneros; uno de ellos era Pipel, un niño de ojos tristes. Al pasarles el verdugo el nudo corredizo por el cuello, gritaron: "Viva la libertad", mientras que el pequeño no decía nada. "Pero, ¿dónde está Dios?" se preguntaba alguien detrás de mí. A una señal del jefe de campo, las sillas se derrumbaron... De nuevo volvía a oír a mis espaldas la misma voz preguntando: "Pero ¿dónde está Dios?" Entonces, sentí que dentro de mí una voz respondía: "¿Que dónde está Dios? Está ahí, colgado de ese patíbulo." (Reyes y Mate, 2003: 113)

En ese entonces, como más tarde y de muchas maneras, Weisel intentó dar una respuesta a esa pregunta, sin lograr que la misma fuese del todo satisfactoria. El dilema entre el mal experimentado como víctima y su fe en Dios parecía sin solución. No por eso él arrojó la toalla negando la realidad

de Dios. Pero otras víctimas (de pronto hasta la misma que se hacía la pregunta: "Pero, ¿dónde está Dios?") pudieron haber terminado resolviendo el dilema con la simple negación de Dios.⁵

Son momentos dramáticos en los que la relación con Dios puede volverse añicos porque falló su omnipotencia, o falló su bondad, o falló del todo su presencia.

Nada menos que Moltmann, el teólogo de la esperanza, se expresaba así:

Lo recuerdo: en julio de 1943, atrapado bajo una lluvia de bombas, presencié la destrucción de Hamburgo, mi ciudad natal. En esa tormenta de fuego murieron 80.000 personas. Como por obra de milagro sobreviví, pero hasta hoy no he sabido por qué no fallecí como mis compañeros. Mi pregunta en ese infierno no fue: ¿Por qué permite Dios que esto ocurra? sino: "Dios mío, ¿dónde estás? ¿Dónde está Dios? ¿Esta lejos de nosotros, ausente, guarecido en su cielo? ¿O es un sufriente entre los sufrientes? ¿Participa en nuestro sufrimiento? ¿Le parten el corazón nuestros dolores? (Moltmann, citado por Fraijó, 2004: 12)

La reconciliación teológica, siendo una gracia, sin embargo no nos exime del intento de responder a las víctimas sus preguntas sobre Dios.

Nada fácil. La dificultad la expresaba muy bien el relato de San Manuel Bueno, mártir: "La buena de Angelina preguntó a don Manuel: ¿Cree usted en la otra vida? ¿Cree usted que al morir no nos morimos del todo? ¿Cree que volveremos a vernos, a querernos en otro mundo venidero? ¿Cree en la otra vida?" El pobre santo sollozaba.

Manuel Fraijó dice que ni la filosofía ni la teología van más allá de este sollozo (*ibídem*: 102). Por eso, hablamos de intento de respuesta a las víctimas. Un intento es algo muy parecido a ese sollozo que no sabe qué más pronunciar, porque los designios de Dios frente al mal los sabe él, y nosotros sólo intentamos sollozar respuestas. Pero hay que intentar estos sollozos porque no podemos hablar de reconciliación con toda seriedad si no intentamos ayudar a las víctimas a reconciliarse con Dios. Y no podemos ayudar a

5. Un rabino en Auschwitz continuaba exhortando a su gente a que creyera en Dios: "Dios no nos abandonará. Dios nos salvará." Entonces le llegó el turno de ir a la cámara de gas. Mientras marchaba en la fila iba repitiendo: "Dios nos salvará. Dios nos salvará." Pero Dios no lo salvó y las últimas palabras del rabino, entrando en la cámara de gas, fueron: "Dios no existe." Pero este no es el final de la historia, aun en Auschwitz. El hombre que le precedía en la fila, que continuamente estaba interrumpiendo y molestando al rabino por su fe, entró en la cámara de gas con la plegaria "Shema, Israel" en sus labios." (Kreeft, 1986: 30)

esa reconciliación sin volver la mirada al rostro de Dios. Volver la mirada al rostro de Dios no es otra cosa que volver la mirada a Jesús: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.” (Jn 14,9)

El proceso es muy claro: primero se mira a Jesús y desde él conocemos el rostro del Padre. Entonces, en el orden del conocer no decimos: “Jesús es Dios”, predicando de Jesús todo lo que la Biblia dice de Dios, porque la Biblia dice de Dios tantas cosas, algunas desde tradiciones culturales muy antiguas, que de ninguna manera se pueden decir de Jesús.

En cambio, si decimos “Dios es Jesús” pues todo lo que nos revela Jesús sobre Dios, con su vida y mensaje, constituye el rostro de Dios. “Entonces, nos sale un Dios tan sencillo como Jesús, tan cercano (incluso a los pecadores más despreciables) como lo fue Jesús, tan solidario con todo lo débil de este mundo, como solidario fue Jesús, tan tolerante con todos los perdidos y extraviados como lo fue Jesús y, por supuesto, tan humano como Jesús.” (Castillo, 2001: 35)

Para la víctima, lo más significativo y dicente de ese rostro de Dios que se revela en Jesús es que es un Dios de la vida y que lucha en favor de la vida.

Cuando Jesús anunciaba el Reinado de Dios, las multitudes lo seguían precisamente porque él tocaba el deseo profundo de vivir que albergaban esas multitudes. Eran multitudes cuya vida de muchas maneras era pisoteada, cuando no eliminada, así que entendieron fácilmente el actuar y el mensaje de Jesús.

En cuanto al actuar, el trabajo de Jesús por la liberación del mal, se puede resumir en tres palabras relacionadas con la vida: defender, dignificar, disfrutar.

Es interesante considerar los ocho relatos con que empieza el Evangelio de Marcos. En ellos se descubre la opción de Jesús y se aprecia cómo ella se coloca en oposición a las opciones oficiales sencillamente porque éstas se oponían a la vida.

Su opción por defender la vida, dignificar la vida y ayudar a los demás a que disfrutasen la vida, lo llevó a un conflicto muy grande: fue acusado de subversivo, fue declarado impuro, fue tildado de blasfemo, fue declarado pecador indigno y fue condenado a muerte, todo ello por defender la vida;

no la vida eterna o la vida mística, sino la vida a secas, la vida misma que compartimos todos aquí en este lugar, a no ser que alguien esté muerto.

Esta opción por la vida, decisiva para merecer la vida eterna, trae consigo una serie de prioridades importantes cuyo olvido ha generado innumerables víctimas: la prioridad de la vida del otro sobre la religión, la prioridad de la vida del otro sobre la verdad, la prioridad de la vida sobre el pecado. Todas estas prioridades están suficientemente ilustradas en los evangelios.

¿Hemos así dado respuesta a las víctimas sobre el problema del mal? No, de ninguna manera. Sencillamente hemos despejado el camino de algunos obstáculos que nos impiden llegar a una respuesta. El obstáculo principal es el de una imagen de Dios enemigo de la vida, en lucha contra la vida, dispuesto a sacrificar la vida de los demás por otros fines. Si no ponemos atención, podemos decir de Dios cosas que no diríamos de ninguna persona decente.

Al mirar la vida de Jesús, encontramos una comunión maravillosa con Dios, su padre, y un propósito único en favor de la vida y en contra del mal. La historia de Jesús nos muestra una forma de luchar contra el mal y cómo Dios está implicado en esta lucha. "El último enemigo en ser vencido será la muerte." (1 Co 15,26)

Ustedes dirán: Pero si Dios lucha contra el mal ¿por qué dejó que su Hijo fuese crucificado, que su Hijo amado sufriese?

El tener que sufrir de Jesús no fue algo impuesto por Dios, sino por los hombres concretos que lo torturaron. Ellos se inventaron la crucifixión de Jesús, no el Padre. Cuando en la misa nos referimos a Cristo como víctima de reconciliación no estamos diciendo: "Víctima pedida por el Padre furioso para concedernos la reconciliación." Estamos diciendo: "Víctima de nuestra falta de reconciliación".⁶ Víctima por causas históricas y por agentes históricos. Pero, el Padre estuvo al lado de su Hijo en ese momento terrible con su amor y con su fuerza, como está al lado de las víctimas en los terribles momentos que han debido vivir. Pero entonces, una víctima, o cualquier otro, puede volver a preguntar ¿por qué no detuvo a los torturadores?

6. "Te pedimos, Señor, que esta víctima de nuestra falta de reconciliación, traiga la paz y la salvación..." (Maldonado, 1997: 189)

Un hombre cuenta una historia simplona: fue lanzado desde un décimo piso. Cayendo, exclamó: ¡San Francisco, ayúdame! Una mano salió de una ventana y lo detuvo. Al mismo tiempo, el dueño de esa mano preguntó: ¿A cuál San Francisco invocó? Pues a San Francisco de Sales. Qué lástima, yo soy otro Francisco, Francisco de Asís. Y lo soltó.

No es un simple chiste. Sin darnos cuenta, concebimos la intervención de Dios en la historia a la manera de ese brazo que sale por la ventana y detiene la caída. Esta tendencia a cosificar lo trascendente, a volverlo un objeto entre los demás objetos es el peligro más insistente en el lenguaje religioso. Para una víctima que ha esperado que ese brazo saliese en el momento oportuno y no salió, la crisis es terrible. Dios le falló, según ella.

Pero no es así. Dios no interviene en la historia a la manera de cualquier otra causa segunda como en la historia de los dos franciscos. Pero eso no significa que acepte el mal, que lo tolere o que lo permita. Sencillamente, lucha contra el mismo. Pero su lucha no es como la de un hombre más grande y más poderoso, un superman o un Rambo que enfrenta y destruye a los agentes históricos del mal. Él no es un policía más del planeta.

Dios respeta la autonomía y libertad de los agentes históricos, aun de los malos. Dios no nos quita la responsabilidad que nos compete, como causas segundas, de luchar contra el mal.

Pero él nos inspira, él nos sostiene, él nos da fuerza para hacerlo todo, exclama San Pablo; pero nos toca asumir nuestra responsabilidad histórica ante el mal, sin delegarla a Dios. Somos los agentes para combatirlo (2 Co 11, 23-31). La historia es siempre humana pero puede ser divina si el hombre se deja motivar por Dios. Dios salva suscitando liberadores que luchan contra el mal (Estrada, 2003: 390-391).

Pero una víctima podría preguntar: ¿Es eso todo? Más allá de las injusticias históricas ¿no hay esperanza de que se haga justicia definitivamente? ¿Quedamos en definitiva sometidos a la muerte y punto? Esta pregunta apunta al corazón del problema del mal porque muestra lo terrible de su realidad, ya que para vencer la muerte ésta tiene que acontecer, y esa es la presencia de la cruz en la vida humana. Pero también muestra una realidad esperanzada porque la muerte tiene roto su agujijón, está abocada a la derrota final y en Cristo resucitado ha sido vencida.

Al visitar la catedral de Burgos, me llamó la atención un baúl viejo colgado en una de las paredes. La explicación que me dieron fue interesante. El dueño de ese baúl fue el Cid Campeador. Cuando quiso emprender sus grandes correrías de luchas y conquistas, no contaba con dinero. Tomó ese baúl, se fue donde el banquero y le dijo: “En este baúl tengo un tesoro. Préstame el dinero que necesito y al regresar te devuelvo el dinero y retiro el baúl con el tesoro.” Efectivamente, el Cid Campeador regresó lleno de triunfos y se dirigió al banquero para devolverle el préstamo. El banquero, en ese momento, abrió el baúl y se dio cuenta de que estaba lleno de arena. Se disgustó y pidió explicaciones. “¿No me había dicho que en ese baúl había un tesoro?” El Cid contestó: “Sí, efectivamente, en ese baúl había un tesoro, el tesoro de mi palabra.”

A la manera del Cid Campeador, el cristianismo nos da su palabra de honor de que existe otra vida, lo cual significa otra posibilidad para que las víctimas reciban la justicia que merecen y esperan.⁷ El cristianismo ofrece como plenitud de esperanza la resurrección de Jesucristo, primicia de la nuestra y nueva oportunidad para las víctimas.

Pero alguien dirá: ¿No se trata de una respuesta cínica? ¿No se termina reduciendo la esperanza a la caricatura apologética de un “premio” tras el final de la vida, de una vida de víctima? Más allá de cuanto entendamos por resurrección de Jesús, hay que conectar esa resurrección a todo cuanto dijimos de su vida.⁸

La resurrección de Jesús no es una especie de compensación por el fracaso histórico representado en la cruz. La resurrección estaba tomando forma, se estaba anticipando en esa lucha contra el mal y en favor de la vida. La resurrección en su plenitud no ocurrió como algo totalmente destacado del resto de la vida de Jesús. La vida de Jesús fue la crónica de una resurrección

-
7. El tema, sin embargo, al ofrecer tanta resistencia hoy y al ser tildado ayer por Feurbach, Marx, Freud y otros, de simple y pura proyección humana, requiere un capítulo aparte. Ver todo el tema de la reconciliación como gracia.
 8. No se debe entender la resurrección “como una especie de compensación para el fracaso histórico del mensaje y la praxis de la vida de Jesús; sino porque el “recorrer Palestina haciendo el bien” fue ya el comienzo del Reino de Dios: de un Reino en el que la muerte y la injusticia no tienen lugar. En la praxis del Reino de Dios en Jesús, está ya anticipada la resurrección. La fe pascual afirma que el asesinato –y toda forma de mal– no tienen futuro. Precisamente así es como la muerte está vencida. El crucificado es también el resucitado” (Schillebeeckx, 1995: 202).

anunciada. Pedro, el apóstol, lo dirá en forma sencilla: "Dios lo resucitó porque pasó haciendo el bien y porque Dios estaba con él." (Hch 10, 38)

En la resurrección, Dios autentifica la persona, el mensaje y la vida entera de Jesús. Pero esta realidad de la vida como crónica de una resurrección anunciada y mejor aún como una resurrección paulatina, no es sólo prerrogativa de Jesús.

Juan anota refiriéndose a nosotros: "Sabemos que pasamos de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos." (1 Jn 3,14). En el amor está el triunfo sobre el mal y la muerte, una tarea en la que entra de lleno la gracia de Dios.

Nuestra esperanza está en el amor que nos hace pasar de la muerte a la vida. Teilhard de Chardin decía algo bello anticipando a la *Gaudium et spes*: "Ni siquiera un vaso de agua o una palabra amable quedan sin repercusión eterna." Congar lo expresaba también en forma sencilla: "Dios lo dará todo desde el Cielo y ciertamente todo nuevo, pero su voluntad es que hayamos cooperado antes con eficiencia." (Congar, 1961: 124). La consecuencia la saca poéticamente el obispo Pedro Casaldáliga:

*Al final del camino me dirán:
¿Has vivido, has amado?
Y yo, sin decir nada,
Abriré mi corazón lleno de nombres.*

Esta misma gracia, presente en la víctima, favorece las diversas formas de conversión a que las víctimas están llamadas:

1. *Conversión de la desesperación a la esperanza*, encuadrando su sufrimiento en el marco más amplio de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo y abriéndose a la aceptación de su propia resurrección, que va teniendo lugar como gracia de Dios y llegará a su plenitud.
2. *Conversión de la venganza a la justicia*. No es conveniente permanecer en la venganza aunque ésta sea respetable y comprensible, ya que indica sentido de dignidad personal. Pero la venganza es como una bola de nieve que aumenta dramáticamente pasando de lo personal a lo social y de lo social a lo histórico. Los hechos del pasado ya no se viven como hechos de ayer sino como contemporáneos. En la fantasía se revuelven el pasado y el presente, los mitos y las mentiras. Los reporteros de los Balcanes anotaban que cuando la gente les contaba las historias de las atrocidades sufridas, no

sabían exactamente si contaban algo que sucedió el día antes, en 1941, en 1841 o en 1441.

3. *Conversión del resentimiento al perdón.* En las aguas del Mediterráneo hay un pez que gusta de alimentarse de un pequeño caracol muy propio de ese mismo mar. Sucede que cuando el pez se engulle al caracol, éste no perece sino que termina vivo en el estómago del pez. Allí empieza su nueva vida, que sostiene y alimenta comiéndose la carne misma del pez. De esa manera, poco a poco va acabando con el pez, que termina muriendo. No es una muerte que le llegue de fuera, sino muy de adentro.

El caracol representa muy bien la realidad del resentimiento en una persona. No afecta al ofensor, al victimario, sino afecta directamente a la víctima y la destruye desde dentro. Esta destrucción no es sólo espiritual, psíquica o moral, sino también física. El organismo de la persona que ha quedado esclavizada por el resentimiento se va minando poco a poco.

4. *Conversión de víctima en sobreviviente.* La palabra “feliz” que se puede combinar con la hora feliz, con el día feliz o con el acontecimiento feliz, no se puede combinar con la víctima. No se puede hablar de la víctima feliz. Matricularse para siempre en el rol de víctima significa acoger el sufrimiento, la debilidad y la amargura como parte integrante de la propia identidad. Todo este sufrimiento y amargura se renueva cada vez que se encuentre al victimario o a algún signo que lo relacione con el mismo.

Qué importante que cada víctima hable de su ser víctima como un pasado que superó valientemente siendo ahora un sobreviviente con calidad de vida, digna y recuperada.

5. *Conversión, en definitiva, de víctima alejada de Dios, en sobreviviente que ha reforzado desde la noche oscura, su fe en él.* Volver a creer es una gracia inmensa. El camino para volver a creer es el camino del amor y la comprensión de la propia finitud, como nos lo explicará Andrés Torres Queiruga.⁹ Dios nos ama y si algo de malo nos pasa no es porque él nos

9. “Nadie que vea a una madre junto al lecho de un niño que ha muerto atormentado por un cáncer duda de que ella ha hecho todo lo posible para evitarlo. Ante un Dios que nos ha creado por amor y que es él mismo amor incondicional y sin medida, no es preciso ni siquiera el menor ejercicio silogístico para comprender que, si algo malo nos pasa, es porque se trata de algo inevitable. Por si quedasen dudas, a nosotros se nos ha dicho de parte del mismo Dios que, aunque la madre se olvidase del hijo de sus entrañas, él jamás se olvidaría de nosotros (Is 49,15).” (Torres Queiruga, 2003: 259-260)

abandone sino sencillamente porque la finitud humana hace que sea imposible evitarlo.

La fe consiste precisamente en fiarse de su amor y, aún en la mayor oscuridad, confiar en que de él no puede venirnos más que apoyo, comprensión, gracia y ayuda. Y al final, por sobre todo y contra todo, la salvación (Torres Queiruga, 2000: 86).

RECONCILIACIÓN ESTRUCTURAL

Hace unos veinte años se hizo un experimento de esos que hoy están prohibidos bajo todos los aspectos. Se tomaron dos perros y a cada uno se le puso una conexión eléctrica. Cada perro recibía una carga eléctrica. Al principio, cada perro trataba de controlar la situación dentro de su propia realidad, pero cuando se repetían las descargas eléctricas, ya la situación escapaba de su control y entonces cada perro volvía su agresividad hacia el otro perro e intentaba atacarlo aunque ese otro no tuviese nada que ver con las descargas eléctricas.

Una vez lograda la reconciliación como paz, puede suceder que se vuelva otra vez al conflicto, aunque con modalidades diferentes, sencillamente porque esa reconciliación personal y social no está acompañada por profundas reformas estructurales. Las personas aceptan la paz y la reconciliación pero si siguen los cables de la injusticia social y de la exclusión, atormentándolos y dándoles continuos corrientazos, no es difícil que la paz se disuelva en corto tiempo.

Dos casos nos ilustran esta situación. En el Salvador y en Guatemala ha habido tantas muertes violentas después de la guerra como durante la misma guerra.

Pasados nueve años después de la firma de los acuerdos de paz, El Salvador no es ciertamente un país pacificado. El nivel de muertes violentas duplica el nivel de violencia en Colombia.¹⁰

10. El nivel de muertes violentas en 2001, según la Organización Mundial de la Salud, es de 120 por cada 100.000 habitantes, y según otras fuentes es de 150 por cada 100.000 habitantes, lo que duplica el nivel de violencia de Colombia y casi se equipara con el nivel de muertes violentas en tiempo de la guerra. (...) Las Naciones Unidas califican el 41% de la población bajo la línea de pobreza. El país está invadido de "maras", o pandillas juveniles que controlan cada vez más territorios donde ejercen su violencia (Giraldo, 2004: 125).

A cinco años de firmarse los acuerdos para una “paz firme y duradera” ciertamente Guatemala no ofrece al mundo ningún testimonio de paz. Hay 150 muertes por cada cien mil habitantes, lo que supera enormemente los promedios de muertes violentas en el tiempo del conflicto armado (Giraldo, 2004: 161).

Estas dos experiencias de posconflicto nos indican que llegar a la reconciliación como un fin, como un abrazo entre los enemigos anhelado por tanto tiempo, no es suficiente. Se requiere también la reconciliación sin fin o, más precisamente, la reconciliación estructural. No se trata de la reconciliación con que se pone término a un conflicto sino la reconciliación con la que se da comienzo y continuidad, sin fin, a un posconflicto. Como hemos anotado, la paz es siempre relativa, siempre limitada o como diría un autor, es imperfecta (Muñoz, 2003: 29ss).

Para que sea firme y durable, la reconciliación debe reflejarse en estructuras de justicia y progreso que aseguren un futuro diferente al pasado de conflicto y de guerra. Por eso hablamos de reconciliación estructural, una reconciliación en la que la gracia de Dios es decisiva, como quiera que sabe encarnarse en mediaciones sociales más justas y más fraternas. Esta reconciliación estructural tiene múltiples exigencias políticas, económicas y sociales.¹¹

Otras exigencias se refieren a la ética que desde la figura de Jesús se puede definir como la posibilidad humana de otorgar al otro prioridad sobre uno mismo; y a una ética negativa que vive del anhelo de que ni el mal ni la muerte tengan la última palabra, como lo anhelaba Horkheimer.

En fin, otras exigencias se refieren a la religión y a la teología.

- *Primero:* La participación de la construcción social desde la fe y desde la oración que invoca la acción de Dios, fuerza que dirige, suscita, sostiene y lleva a feliz término todo en el hombre.

11. Algunas se refieren a la política como reconfigurar el poder político para que no sea excluyente de ninguno. Otras se refieren al aspecto social, como puede ser un modelo de convivencia nuevo y un modelo socioeconómico efectivo. Es decir, se requiere un cambio sustancial de la sociedad en su conjunto y no solo un dejar las armas por parte de los rebeldes. Otras exigencias se refieren a la comunidad internacional que debe unir fuerzas para ayudar a consolidar la incipiente paz. Otras exigencias se refieren a la sociedad civil la que sale más afectada y maltrecha de un conflicto y desde su sufrimiento debe encontrar caminos de futuro.

- *Segundo:* La vivencia decidida de la prioridad de la vida, como anotamos antes. La prioridad de la fuerza espiritual sobre la fuerza física. La prioridad de la colaboración sobre la competencia y la prioridad de lo que nos une sobre lo que nos divide.
- *Tercero:* Colaboración en la determinación de la verdad y de la memoria histórica, como nos dio ejemplo monseñor Gerardi de Guatemala.
- *Cuarto:* Ayudar a garantizar la vida, honra y seguridad de los sobrevivientes, sin excepción. En Guatemala fue un ejemplo el Ministerio del Acompañamiento, un ministerio laical en la Iglesia, para favorecer el sano regreso de los que tuvieron que dejar la patria debido a las amenazas de muerte. La reconciliación nos debe llevar a hacer de Colombia la casa de todos, sin excepción.

CONCLUSIÓN

La reconciliación es una realidad maravillosa y la esperanza de todos los colombianos. Es tarea del hombre y es tarea de Dios. Es experiencia del comienzo, del proceso y del final, así como tarea sin fin, en la vida de una persona, de una comunidad, de una nación.

La viejita del Evangelio que hemos invitado al comienzo de la presente exposición está invitada también al final, porque ella es Colombia, que sigue buscando, sin descanso, reconciliación y justicia.

Tal es el objetivo grande que tenemos en nuestra patria; anhelamos alcanzarlo con grande esperanza. "Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha llenado con su amor nuestro corazón, por medio del Espíritu Santo que nos ha dado." (Rm 5,5)

BIBLIOGRAFÍA

BELLO, TONINO, *La speranza a caro prezzo*, Ed. San Paolo, Torino, 1999.

BERISTAIN, CARLOS MARTÍN, *Justicia y reconciliación*, Facultad de Ciencias Económicas, Bilbao, 2000.

CASTILLO, JOSÉ MARÍA, *Dios y nuestra felicidad*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2001.

- CASTRO, LUIS AUGUSTO Y MORA, SARA CONSUELO, *A la conquista de la comunión*, Conferencia Episcopal de Colombia, 2004.
- CASTRO QUIROGA, LUIS AUGUSTO, *¡Deja de correr! La reconciliación desde las víctimas*, Ed. Comisión de Conciliación Nacional, Bogotá, 2005.
- CONGAR, I., *Jalones para una teología del laicado*, Barcelona, 1961.
- COSE, ELLIS, *Bone to Pick*, Atria Books, New York, 2004.
- DORR, DONALD, *Mission in Today's World*, The Columba Press, Dubai, 2000.
- ESTRADA, JUAN ANTONIO, *La imposible teodicea*, Ed. Trotta, Madrid, 2003.
- FISAS, VICENÇ, *La paz es posible*, Plaza & Janes ed. Barcelona, 2002.
- FRAIJÓ, MANUEL, *Dios, el mal y otros ensayos*, Ed. Trotta, Madrid, 2004.
- GIRALDO, JAVIER, M., *Búsqueda de verdad y justicia*, Ed. Cinep, Bogotá, 2004.
- GONZÁLES FAUS, JOSÉ I., *Proyecto de hermano*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1991.
- HERMANN, JUDITH, *Trauma and Recovery*, Ed. Basic Books, New York, 1997.
- HOMMES, RUDOLF, "La banalidad del mal", en *El Tiempo*, 14 de mayo de 2004.
- HORKHEIMER, MAX, *Anhelos de justicia, teoría crítica y religión*, Ed. Trotta, Madrid, 2000.
- JOHNSTON Y SAMPSON, *La religión, el factor olvidado en la solución de los conflictos*, Ed. PPC, Madrid, 1994.
- KREEFT, PETER, *Making Sense out of Suffering*, Servant Books, Michigan, 1986.
- LOHFINK, G., *La iglesia que Jesús quería*, Bilbao, 1986.
- MALDONADO LUIS, *Eucaristía en devenir*, Ed Sal terrae, Santander, 1997.
- MÈLICH, JOAN-CARLES, *La lección de Auschwitz*, Ed. Herder, Barcelona, 2004.
- MUÑOZ, FRANCISCO, "Toda la historia de la humanidad es de paz imperfecta", en *Seminario Internacional, "Reconciliación y Justicia en la Construcción de la Paz"*, Ed. Universidad Central, Bogotá, 2003.
- REYES MATE, *Memoria de Auschwitz*, Ed. Trotta, Madrid, 2003.
- SCHILLEBEECKX, EDWARD, *Los hombres relato de Dios*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1995.
- SCHREITER, ROBERT, *The Ministry of Reconciliation*, Orbis Books, Maryknoll, New York, 2000.

SCHREITER, ROBERT, *The Ministry of Reconciliation*, Ed. Orbis, Maryknoll, New York, 1998.

TORRES QUEIRUGA, ANDRÉS, *Del terror de Isaac al Abba de Jesús*, Ed. Verbo Divino, Estella, 2000.

TORRES QUEIRUGA, ANDRÉS, *Repensar la resurrección*,

VERBISKY, HORACIO, citado por DE GRUCHY, *Reconciliation, Restoring Justice*, Fortress Press, Minneapolis, 2002.

VOLF, MIROSLAV, *Exclusion & Embrace*, Abingdon Press, Nashville, 1996.

